

CAPÍTULO IX.

De la libertad, uno de los principios y condiciones necesarias de las acciones humanas y de la conciencia.

§. I.

EXpliquemos ahora ó demos algunas noticias ó nociones necesarias para el estudio de la presente Filosofía. Para que una acción humana pueda decirse buena ó mala, y para que haciéndola haya mérito ó demérito, y le sea debida alabanza ó vituperio, premio ó castigo, es necesario en primer lugar, que sea hecha con libre elección. Es cosa fácil el conocer, que si uno coge por fuerza mi mano, que tiene un puñal, y con repugnancia mía la lleva á herir y matar una persona, sin duda que será mi mano la que le quitó la vida; pero no seré yo culpable ni reo de un tal delito. Fáltome la libertad para obrar, y se siguió aquel homicidio contra mi voluntad; por tanto, para que una acción sea pecaminosa ó virtuosa, es necesario que proceda de nuestro libre albedrío y no de alguna violencia que se nos haga, la qual nos determine á aquella acción. El Arquitecto Divino nos ha formado y dotado de aquella preciosa prenda, que llamamos libre albedrío. Así la divina revelación, como la Filosofía natural nos enseña que hay en nosotros una exención interna, que excluye toda necesidad, todo principio ó antecedente movimiento, que determine y necesite á nuestra alma, para que quiera ó no quiera esta ó la otra cosa; ó lo que viene á ser lo mismo, que hay en nosotros una facultad para elegir el bien ó el mal, con esta diferencia, que para la elección del bien sobrenatural, según nos enseña nuestra Santa Fe, es necesario un auxilio particular de Dios, que á ninguno niega por su infinita bondad. Es tan

esen-

esencial á la naturaleza humana esta facultad y libertad interna, que si la concebimos ó la privamos de ella, la reduciremos y equivocaremos con la condición y naturaleza de los brutos. Fuera de que ninguna acción podría llamarse buena ó mala, quando no procediese de un agente ó principio capaz de elegir y obrar por sí mismo: un agente que no obre de este modo, no es agente, sino un instrumento de otro agente superior, que lo determina y obliga á obrar; y consiguientemente viene á ser una máquina, y una pura materia movida por impulso ageno: por tanto, el imaginar ó fingir un hado ó destino, del qual necesariamente dependen las humanas acciones, es un destruir la esencia del hombre. Desbarraron y deliraron en orden á esto los Gentiles, quando sujetaron á lo que llaman destino ú hado, no solamente la humana voluntad, sino aun hasta el mismo Dios; esto es, lo sujetaron á una ley invariable establecida desde la eternidad, por la qual las voluntades racionales, igualmente que todas las demas cosas que estan privadas de razón, necesaria é invenciblemente son llevadas y determinadas á su propio movimiento cada una. No se aparta de esta opinion, en quanto á las humanas acciones, la ley y creencia de los Turcos. Del mismo modo y con igual impiedad pensaron los antiguos Astrólogos, figurándose, que por la influencia de las estrellas son llevados los hombres con una fuerza secreta é invencible á querer y á obrar mas presto de este modo que del otro. Y si hubo, ó acaso hay todavía algunos, que defendieron que de la eterna voluntad de Dios descende y proviene una tal cadena en todas las acciones y voluntad del hombre, de modo que todas ellas se hagan por una natural necesidad antecedente, seria tambien esta una opinion sacrílega, impia y falsa. Quando Dios crió al hombre quiso que no fuese esclavo, sino libre; no bestia, sino criatura noble, hecha á su imagen y semejanza, y que le fuese innato y esencial el poder elegir y determinarse, el querer ó no querer el

el

el bien y el mal libremente, y con mérito y demérito en sus elecciones. Si sea el entendimiento el que determine á la voluntad, ó en la voluntad misma esté la potencia para determinarse, yo dexaré de buena gana esta quës-tion para que la decida el tribunal de los Filósofos.

§. II.

Conviene tambien distinguir en nuestras acciones la libertad del arbitrio de la espontaneidad. Entonces se dice que obramos espontaneamente y con gusto, quando nos agrada el hacer ó dexar de hacer alguna cosa: así como se dice que obramos forzados ó necesitados, quando hacemos mas presto esta que aquella cosa con disgusto y repugnancia. La espontaneidad puede unirse muy bien con la necesidad esencial antecedente, la qual directamente se opone á la libertad, esencial tambien á toda criatura racional. Nosotros no podemos dexar de amarnos á nosotros mismos, ni de desearnos la felicidad. Nada tiene que ver en esto el libre albedrío; porque nos amamos, y no podemos menos de amarnos por una necesidad natural y esencial, impresa por Dios en nuestra naturaleza; pero al mismo tiempo nos amamos espontaneamente; esto es, queremos con placer y gusto este amor con que nos amamos. Así los niños antes que tengan el uso de la razon hacen muchas cosas espontaneamente, aunque sin libertad; y los brutos apetezen necesariamente la comida, y quando no están impedidos van á buscarla; y este movimiento puede llamarse en ellos espontaneo y gustoso á su naturaleza, no descubriéndose en ellos repugnancia alguna, ni fuerza exterior que los obligue á obrar así: de la misma manera la piedra que está en el ayre cae y descende á nuestro modo de entender espontaneamente, quando no la detienen, y solamente la fuerza puede hacerla subir; pero este movimiento espontaneo de baxar está unido con una necesidad natural de la misma piedra, que no puede

de ménos de caer por su propia naturaleza. Así la Teología, como la Filosofía, nos demuestran claramente ser impía y falsa la opinion de quien creyese, que el obrar espontaneamente, y hacer con gusto acciones prohibidas por las leyes divinas y humanas, basta para desmerecer y ser castigado justamente un hombre, aun quando alguna fuerza interna ó impresion invencible antecedente le necesitase á querer ó no querer semejantes acciones. Esto sin duda seria destruir la noble prenda de la libertad humana; pues jamas puede llamarse, ni ser libre un agente, que obra, pero no por su propia eleccion, sino obligado de un poder dominante y extraño, á quien no puede resistir, no obstante que en aquel punto obre sin repugnancia. Al contrario el obrar como por fuerza y de mala gana, puede unirse muy bien con la libertad esencial del arbitrio humano, sin que esto que solemos llamar coaccion quite el exercicio á la facultad electiva del poder querer ó no querer del hombre mismo. Arroja el mercader al mar la carga de sus mercaderías para salvar su propia vida, aligerando la nave, y las arroja, no espontaneamente y con gusto, sino es por fuerza; y con tal disgusto, que tras ellas como que se le va el corazon: esto no obstante, obra entonces libremente, y elige lo que le parece bien ó menos mal, pudiendo elegir lo contrario. No pongo otros exemplos de que abunda este asunto, dexando á otros el explicar lo que es libertad de contradiccion, distinta de la de contrariedad.

§. III.

Siempre que á nuestro entendimiento se le proponga el hacer alguna accion con perfecto conocimiento de su malicia ó su bondad, y que el quererla ó no quererla esté en su potestad, si entonces elige y quiere la que es conforme á la Ley de Dios, de la naturaleza y de los hombres, obrará con mérito laudable y virtuoso.

samente; ó por lo menos no obrará con demérito y vituperio. Al contrario, eligiendo y queriendo aquello que se opone á las mencionadas leyes, pecará y merecerá vituperio y castigo. Esta es la regla con que conviene medir la virtud y el vicio, ó sea el pecado en las acciones humanas. Quando uno cree firmemente, que ve una fiera y la mata, aun quando el animal muerto no sea una fiera, sino un hombre, no peca entonces el matador, porque le faltó el conocimiento del objeto, y de consiguiente la malicia de aquella accion; porque la voluntad quiso y se determinó á quitar la vida á una fiera (lo que supongo no prohibido por ley alguna), y no á un hombre: por esto se dice, que la ignorancia invencible quita lo voluntario. Sucederá que alguno estando durmiendo prorumpa en palabras descompuestas y aun en blasfemias; ó que su cuerpo, durante el sueño, se dexé llevar á movimientos impuros: este no peca entonces, porque en aquel punto estan como suspensas y dormidas las facultades del entendimiento y la razon, y el alma no se halla en libertad para querer ó no querer aquellas palabras y movimientos. Lo mismo debe decirse de los locos, de los frenéticos, y otros semejantes casos. Podrá tambien la fuerza y la violencia externa privarnos en alguna ocasion del exercicio externo, y asimismo de la facultad electiva necesaria para obrar lo que se debe, y con todo será pecaminosa la accion en aquel caso; porque es necesario que para las acciones concorra la eleccion y el libre poder de nuestra voluntad; siendo evidente por otra parte, que ninguno puede necesitar al exercicio interno de esta facultad. Alguno, por exemplo, no podrá quitar la vida á su enemigo, porque lo detienen y se lo impiden otros; pero ninguno podrá estorbarle que internamente no elija y desee aquel homicidio, y que no cometa con estos deseos un verdadero pecado. Y si acaso el Ingles Loke en el lib. 2. cap. 21. de la obra ya mencionada intentase reducir toda la libertad del hombre al movimiento y á la

la quietud de su cuerpo, ó á la produccion, ó no produccion de las operaciones externas, sin conocer, ni declarar por pecado el acto interno, ó el solo deseo de alguna mala accion, vendria á descubrirse él mismo, no solamente por Christiano falso, mas tambien por un mal Filósofo. Ciertamente que podia hablar con mas claridad en este punto; pero baste de esto. Como, pues, se peque, no obstante que las pasiones se señoreen de nosotros, y que el uso de la razon quede por ellas obscurecido, se dirá luego. En qué casos baste el temor para hacer inocente una accion, que no es mala por su naturaleza, y solamente lo es porque está prohibida, puede aprenderse de los Teólogos. A nosotros basta lo poco que hemos dicho hasta aquí; porque si quisiéramos tratar este argumento con la debida extension, nos engolfariamos en un profundo y dilatado mar.

§. IV.

ENtre tanto no debemos aquí omitir, que nosotros haremos una grande injuria á la sabiduría de nuestro Supremo Criador, y juzgarémos temeraria y locamente del mismo Señor, siempre que imaginásemos que su Magestad nos ha concedido esta hermosa prerogativa de la libertad, y otras bellas prendas, con el fin de que seamos desobedientes á sus santas Leyes, y despreciemos á nuestro bienhechor, ó abusemos de ellas en daño propio nuestro, agravio é injuria de los demas hombres. No puede el Señor habernos hecho tan precioso regalo sino es con el fin de que nos aprovechemos de él en honra suya, provecho nuestro y bien de la república; y al mismo tiempo para que consigamos el mérito de haber empleado bien sus mismos dones, segun la intencion del Señor que nos los dio. Siempre que queramos abusar de esta libertad, de este ingenio y de este conocimiento; se seguiran infaliblemente desórdenes muy perjudiciales á nosotros mismos, y al público de los hombres. La ra-

zon misma grita y vocea, que semejantes desórdenes no convienen con la intencion de quien nos ha echado á este mundo por breve tiempo, ni tampoco á una criatura dotada de razon, ni últimamente á nuestro amor propio.

§. V.

PAsemos ahora á tratar de la conciencia, cuyo conocimiento es muy importante para el estudio de la Filosofía Moral ó de las costumbres. Con este nombre de conciencia queremos significar aquel conocimiento, que mediante la razon tiene nuestro entendimiento de poder faltar ó pecar, ó de haber faltado y pecado con la obra, haciendo lo que no debemos, ó con la omision, dexando de hacer lo que debiamos haber hecho. Esta luz interna, ó bien haya nacido con nosotros, ó bien nos venga con el uso de la razon, no podemos negar que se halla dentro de nosotros mismos; porque si tenemos la concupiscencia, que nos inclina á conservar qualquiera bien útil ó deleytable, que se nos proponga, tambien tenemos una inclinacion natural á guardar el órden que nos obliga á no hacernos mal á nosotros mismos, ó injustamente á los otros; y de aquí nace la satisfaccion, quando hemos obrado bien, y la pena y dolor, quando hemos obrado mal. Con todo, no por esta razon debemos decir que la conciencia sea una facultad ó potencia distinta del entendimiento, quando no es otra cosa que un acto del mismo, que reflexiona sobre las acciones ya hechas, ó que deben hacerse para reconocer su malicia ó bondad por medio de la razon. Así como decimos, que la virtud de raciocinar y sacar las conseqüencias de los primeros principios, se halla en el hombre despues que salió de la tierna edad, y tiene sano el juicio y el entendimiento: esta virtud ó potencia, que es mas activa en los que tienen mas bien formado el cerebro, y en los hombres doctos, es menor en los ignorantes y en la gente rústica. Con todo, tienen tambien estos la que
les

les basta para no poder excusarse de reconocer la perversidad, si no de todas, por lo menos de las acciones mas esenciales é importantes que ellos han hecho, ó que otros han practicado, ó de las que se les proponen para practicarlas. Algunos dixeron y llamaron á la conciencia un dictamen de la razon; porque la razon misma, ó sea el entendimiento humano raciocinando, ó discurrendo, nos dicta muchas veces y nos enseña secretamente lo que es lícito ó ilícito, ordenado ó desordenado; como tambien quando nuestro entendimiento conoce haber obrado contra la Ley de Dios, de la naturaleza, ó de los hombres. Este conocimiento produce en nosotros mismos afan y tristeza, y muchas veces tambien arrepentimiento. Nos parece que oimos una voz interna, que nos reprehende y acusa, poniéndonos delante el poco juicio que hemos manifestado en hacer aquella accion, y el castigo que merecemos, ó de Dios, ó de los hombres. No es esto otra cosa sino es el entendimiento, que va reflexionando y rumiando la fealdad de aquella accion, y las dañosas conseqüencias, que los pecados traen tras sí. A esta desapacible vista se acongoja, y angustia nuestra alma, cuyo término, y fin es la felicidad, reconociendo entonces, que ha obrado neciamente, y por tanto debe temer, ó esperar la infelicidad, y desdicha, ó en esta, ó en la otra vida: y si alguna vez se le propone al entendimiento alguna accion ilícita, acompañada, y movida de ajenas persuasiones, ó de nuestra propia pasion, y endulzada con tan hermosa vista del placer, ó de la ganancia, al punto se resiente, y se opone á ella en algun modo la conciencia aun de los hombres malos, y mucho mas incomparablemente la de los buenos, para que la voluntad la deseche, y no la abraze. Ni aun aquí viene á ser otra cosa la conciencia, y aquella voz interna que nos avisa, sino es la razon misma, ó nuestro entendimiento, que discurre, y raciocina; y conociendo la malicia de aquella accion, junta, y propone los motivos para no hacerla, y librarse así

de la ira de Dios, ó del castigo, y desprecio de los hombres. En esta batalla suele quedar vencida la razón de los malos; pero vence por lo regular la de los buenos, esto es, de los que están habituados á la virtud: y se ha de advertir, que con el nombre de conciencia dudosa entendemos un acto de nuestro entendimiento, que fluctúa entre las razones, de si será, ó no será lícita alguna obra. Por conciencia probable, quando el entendimiento tiene motivos probables, que indican que alguna acción es pecaminosa. Por conciencia errónea, aquel acto de entendimiento, que falsamente está persuadiendo, que lo bueno es malo, ó que lo malo es bueno. Por conciencia escrupulosa, aquel acto de entendimiento, que aun en las acciones inocentes se rezela, y teme que hay malicia, con el fin de evitarla. Lo contrario sucede á la conciencia, que llamamos laxa. Finalmente, quando decimos conciencia delicada, no entendemos otra cosa que el juicio, y entendimiento de aquellos hombres buenos, que ratiocinando, si acaso llegan á descubrir la menor apariencia de culpa aun venial en las acciones que se les proponen, juzgan que son malas, y la voluntad al punto las desecha, y se abstiene de ellas.

§. VI.

DE todo quanto hasta ahora hemos dicho aparece, y se infiere, que la conciencia no es otra cosa que el tribunal de nuestra razón, y entendimiento, á quien solemos dar estos diversos nombres para explicarnos, y entendernos mas facilmente. Y así como la razón suele avisarnos de la malicia, ó inocencia de las acciones que ya hemos hecho, ó que hemos de hacer, para que nos abstengamos de las que son ilícitas; del mismo modo decimos que nuestra conciencia puede, y suele ser la directora, y maestra de nuestras buenas obras; porque tanto la conciencia, como nuestra razón nos inclinan siempre á obrar bien: pero aquí conviene estar atentos para no incurrir en un gravísimo engaño, si juzgásemos que

la conciencia siempre, y por siempre puede servirnos de una guía segura, y fiel para no obrar mal, ó para no pecar. Digámoslo segunda vez: el entendimiento, y la razón del hombre es limitada, y endeble; y aunque cada uno de los mortales tenga la razón, y el entendimiento suficiente para conocer el bien, y el mal de muchas acciones, y especialmente de aquellas que directamente se oponen á la ley natural, y á los principales preceptos de la de Dios, que todo fiel Christiano debe saber; pero esta razón, este entendimiento humano por lo comun, no llega siempre, ni puede llegar á descubrir todo aquello que es lícito, ó ilícito, atendido el delicado enlace de las innumerables circunstancias en que vienen envueltas muchas de las operaciones, ó acciones humanas. Y si esto es verdad, hablando del entendimiento, y razón del hombre, es consiguiente que se debe decir lo mismo de la conciencia, que como hemos insinuado, son una misma cosa: fuera de que, como diremos despues, los malos hábitos, las perversas máximas, los vehementes apetitos, y las pasiones desordenadas, tienen fuerza bastante para ofuscar la razón, y el entendimiento del hombre, y hacer que no se oiga la voz de la conciencia por mas que grite; por tanto, el que siempre quiera seguir el dictamen de su razón, y de su propia conciencia para obrar, se expondrá muchas veces á cometer, é incurrir en algun error. Tienen necesidad particularmente los ignorantes de consultar en varios casos con hombres verdaderamente doctos, piadosos, y sinceros, y de escuchar sus dictámenes, y consejos; y hecho esto debe aquietarse su conciencia, y estar seguros de que obran bien en aquel caso. Hemos puesto hasta aquí, y sujetado la conciencia al tribunal de la razón; pero conviene añadir á esto, que para lograr una buena conciencia, que nos exhorte al bien, y nos persuada, y hable con eficacia á nuestro interior, es necesario tambien que intervenga, y acompañe una buena voluntad. No tengo dificultad en creer que la voluntad sigue siempre el último juicio práctico

que proviene de la razon; pero me parece que puedo afirmar tambien, que la voluntad depravada, y corrompida, es causa muchas veces de que sean estos dictámenes falsos, y falaces. Para corroborar esta doctrina, no hay prueba mas eficaz que la experiencia, la qual nos enseña no pocas veces, que la voluntad puede conducir, y llevar á la razon, y entendimiento al error, y al engaño. Ojalá que no hubiese hombres en el mundo de voluntad tan mala, y perversa, á quienes solemos llamar *malignantis naturae*, y por quienes se dixo aquel proverbio: *malae naturae nunquam Doctore indigent*: que los malos no necesitan de maestros. Son capaces estos de dar fuego á la casa de su vecino, sin mas interes que el de asar un huevo. Otras personas hay tambien, que en frase de la Divina Escritura se llaman hombres de buen natural, *homines bonae voluntatis*. Aquellas primeras, de tan mala inclinacion, ó tan inclinadas al mal, bástalas para ejecutarlo el que se les presente la ocasion, no porque la voluntad ella por sí se incline, ni apetezca el mal como mal, sino porque la de estos tales no quiere tomarse el trabajo de consultar con la razon; y sin permitir que esta exámine seriamente, y con madurez las cosas, basta que se les figure, y proponga alguna utilidad, ó alguna deleytacion, al punto se arrojan á ejecutarlas, eligiendo como un bien (quando algun temor no los detiene) las mas horribles maldades contrarias aun á la misma razon. Con tal que logren sus intereses, con tal que satisfagan sus apetitos, y pasiones desordenadas, no reparan en los medios, ni piensan en otra cosa. En aquel congreso, que se supone tienen los espíritus malignos, y en que dan cuenta á Satanás su Gefe de las empresas que intentan, y progresos que hacen tentando en el mundo á los hombres, fué uno de ellos reprehendido agriamente, porque habia gastado muchos años en persuadir á un ladron famoso á fin de que no restituyese lo que habia hurtado: "Eres un pobre diablo: eres un ignoranton, »le dixo Satanás; ¿quien te ha enseñado á emplear tan
»mal

»mal el tiempo? Una perversa naturaleza, que ya está habituada, y ha hecho callos en los vicios, no necesita confortador para mantenerse en ellos." Llegan estos hombres malignos á burlarse, y mofar de los buenos; y suele ser tan grande su desvergüenza, y atrevimiento, que se jactan, y glorían de sus mas horrendos pecados. Ahora sea que la perversa inclinacion que estos tienen á obrar mal, provenga del hábito vicioso tan arraigado en ellos, ó proceda de su maligno entendimiento, que atropellando, y menospreciando las buenas, y rectas máximas, y siguiendo, y abrazando las perversas, seducen, y engañan de esta manera su voluntad propia; lo cierto es, que de voluntades semejantes hay muchos exemplares entre los hombres. La conciencia, ó ha enmudecido, ó si habla, no se le escucha, sirviendo su voz únicamente para afligir, y mortificar su interior con repetidos inútiles remordimientos, que no los apartan del mal camino ya comenzado.

§. VII.

AL contrario, se encuentran tambien muchos hombres adornados de una buena voluntad, inclinados á obrar bien, y que se horrorizan, y avergüenzan á la vista sola de los vicios, ó por lo menos aborrecen en su interior, y secretamente todo quanto juzgan ser iniquo, y vicioso. Si estos en alguna ocasion se deslizan, y caen por un efecto de la humana fragilidad, procuran levantarse al punto, volviendo á tomar el camino recto. Los sermones, y exhortaciones para obrar bien, de que huyen quanto pueden los malignos, estiman estos en mucho, y corren ansiosos á escucharlos. ¡Qué don de Dioses este tan apreciable! Continuadas, y fervorosas súplicas deberíamos presentar al Señor, porque nos favoreciese con este don su Divina Magestad; y en perenne accion de gracias deberíamos estar, si por dicha nuestra nos ha hecho el Señor tan grande, y singular merced. La conciencia-

ciencia de estos hombres dichosos, es un fiel cachorro que defiende la casa, y no permite que entren en ella los ladrones; y si acaso han entrado, ladra tanto, y hace tanto ruido, que los espanta, y echa fuera bien presto: ni es otra cosa aquello que en los jóvenes solemos llamar empacho, y vergüenza, sino un seguro indicante de una conciencia buena, y de una voluntad bien inclinada: digo en los jóvenes, porque los de edad mas madura, no tanto les acompaña este género de vergüenza, quanto el arrepentimiento, y dolor de haber obrado mal, siendo menos excusables por su conocimiento, y madurez, que debe serlo la juventud. Mas por lo que mira á los jóvenes no hay duda que el rubor, y la vergüenza es una buena señal de la inclinacion, y amor que tienen á la virtud: rubor que en caso de haber cometido algun pecado, es un seguro indicante del arrepentimiento, que al punto se dexa ver en su rostro, apareciendo aun mas bello, quando se asoma, ó porque se les exhorta, y propone alguna cosa mala, ó porque huyen de burlas licenciosas, y pesadas, concurriendo en estos casos la sangre á la cara, y en cierto modo asomándose allí tambien el alma para defenderse, ó para manifestar el horror, y aborrecimiento grande que tiene á las malas acciones, y tentaciones: por tanto, podemos decir, que la vergüenza es un noble afeyte para los rostros de los jóvenes de buenas costumbres, y aun mas bello para los de las honestas, y vergonzosas mugeres. Suelen tambien avergonzarse las personas modestas al oír sus propias alabanzas, y mas quando son excesivas: concurre, y se asoma tambien el alma á la cara en estos casos, para dar á entender que no es amante de la vanidad; ó porque estando persuadida que no merece tanta alabanza, sale á manifestarlo por medio de la vergüenza; pero los jóvenes, y particularmente las mugeres, que (para explicarme con una frase castellana) no tienen rastro de vergüenza, dexan en duda si su voluntad sea mala, ó buena, esto es, si tengan mala, ó buena inclinacion: aquella desvergüenza,

za, y descaro, que, ó no conoce, ni aprehende el mal que hace, ó que se gloria, y hace alarde de haberlo hecho, es una clara señal de una mala voluntad, y perversa inclinacion. Finalmente, me parece que puede decirse por lo comun, que una buena voluntad con un mediano entendimiento, bastan para constituir un hombre de bien, y aun para hacerle Santo: una voluntad buena con un entendimiento despejado, y vigoroso, hace, ó puede hacer grandes Santos. Al contrario, si se unen, y juntan una voluntad perversa, y un corto talento, son capaces de hacer muchos despropósitos, aunque ordinariamente no sean de los mas excesivos: estos, y los mas horrendos, se deben esperar de aquellos sujetos en quienes concurra un entendimiento grande, y una voluntad maligna; siendo cierto, que el ingenio penetrante, que Dios ha dado á esta casta de gentes, solamente suele servirles por su mala conducta, y aplicacion perversa para maquinari, y discurrir varios modos de hacer mal, y á manera de lobos perniciosos, tramar, y concertar engaños para mandar, y dominar á sus próximos, para executar impunemente sus venganzas particulares, para hacerse dueños de lo que no es suyo, para calumniar, disminuir, y burlarse de la virtud ajena, y otras iniquidades de esta casta; procurando al mismo tiempo ocultar este modo de obrar con artificio, y maña; si no es que sea ya tal su descaro, y desvergüenza, que hagan estas cosas á cara descubierta, sin temor de la censura pública. ¿Pero por ventura podrán esconderse de la vista perspicaz de aquel Señor, que penetra, y registra los mas ocultos senos de los corazones humanos, y que castiga severamente tan atroces delitos? Llegan por último algunos hombres á un estado tan deplorable, que su conciencia, ni los acusa, ni los remuerde; y quando han llegado á este estado, Dios nos libre de ellos. Quando el perro no ladra, es mas facil el robar la casa: ¿pero qué maravilla? Quando en estos hombres está como muerta la razon ¿qué mu-

mucho vaya faltando la conciencia, que no es otra cosa que la voz de la razón misma? No digo más, porque para esta casta de monstruos no se han hecho estos discursos. La poderosa mano de Dios, ó la de la Justicia humana es la que solamente puede restituir el juicio, y la razón á estos hombres, ó quitar del mundo semejantes monstruos en pena de sus enormes excesos. Ultimamente, solo tiene juicio aquel (sea ignorante, ó docto, tenga, ó no tenga buen entendimiento) que sabe, y quiere ser hombre de bien, reputándose por un loco de atar (si tales locos pueden atarse) todo aquel que quiere ser malo. Ajustadas las cuentas, nos hace ver la experiencia misma, que al hombre de bien, al que tiene buena voluntad, le sobra la mitad de su entendimiento, quando todo el suyo, y aun otro tanto no le basta al maligno, y perverso. La carrera ordinaria de estos últimos va sin duda alguna á terminar en miserias, y aun en miserias eternas.

CAPÍTULO X.

De la ignorancia, y opinion que causan los errores en las acciones humanas.

§. I.

SEA, pues, el entendimiento del hombre fuerte, y penetrante, ó sea flaco, y endeble, siempre está sujeto á errar, quando se halle cercado, y envuelto entre las tinieblas de la ignorancia. Hemos dicho ya, y se repite otra vez, que de las acciones que dependen de nuestro libre albedrío ninguna queremos, ó apetecemos, si el entendimiento no aprehende primero si deba, ó no deba hacerse, esto es, si antes no nos representa aquella acción como buena, ó mala: guiada despues la voluntad por este conocimiento, se mueve, ó no se mueve á poner en execucion, ó practicar aquella acción, si no es que

que pervertida, y seducida ya la voluntad antecedentemente por el mal hábito, arrebate, y se lleve tras de sí al entendimiento; por lo que, como dexamos dicho, todas las veces que la potencia, ó facultad cognoscitiva se engaña, ó yerra, yerra tambien, ó se engaña la apetitiva; de manera, que la voluntad, siempre inclinada á elegir el bien, y huir el mal, engañada, y seducida por el entendimiento, suele muchas veces dexar el bien, y abrazar el mal, no obstante que apetece aquel primero, y aborrece este segundo, porque el mal viene disfrazado con el vestido del primero: por tanto, pobres de nosotros, quando por ignorancia, ó defecto de ciencia se convierte en un copioso principio, y origen de locuras, y desgracias, aquella potencia misma, que por su naturaleza debe iluminarnos, y servirnos con su luz para evitar, y apartarnos de los errores, y precipicios. Un libro entero, y voluminoso podría escribirse, y aun no seria bastante para explicar los diversos modos con que el entendimiento humano puede caer en deplorables errores, por defecto de conocimientos saludables, y provechosas reflexiones, llevándose consigo á la voluntad á que se precipite tambien con él en el profundo abismo de la ignorancia, y error. Es verdad constante, que la razón nace con el hombre; ni podemos idearnos una criatura racional á quien le falte la prerogativa esencial del entendimiento, y la razón: pero entre esta facultad de raciocinar, propia del hombre, y su potencia visiva, se encuentra una perfecta analogía, y no poca semejanza. Para que los ojos vean los objetos, es necesaria la luz que los bañe; del mismo modo, mientras que las tinieblas de la ignorancia opriman, y ofusquen la razón del hombre, no podrá ver, esto es, no podrá juzgar, ni discernir lo verdadero de lo falso, lo malo, y lo bueno. Para formar un discurso bien fundado, es necesario que el entendimiento tenga presentes las generales máximas verdaderas, y ciertas, con las cuales vaya midiendo, y regulando las proposiciones particulares para sacar de ellas

las